

LO QUE ENSEÑAMOS
Declaración doctrinal

IGLESIA COMUNIDAD BÍBLICA
– *Guadalajara* –

LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Enseñamos que la Biblia es la revelación escrita de Dios al hombre, y de esta manera los sesenta y seis libros de la Biblia que nos han sido dados por el Espíritu Santo constituyen la Palabra de Dios (1 Corintios 2:7-14; 2 Pedro 1:20, 21). La Palabra de Dios es una revelación objetiva, proposicional (1 Tesalonicenses 2:13; 1 Corintios 2:13), verbalmente inspirada en cada palabra (2 Timoteo 3:16), absolutamente inerrante en los documentos originales, infalible y exhalada por Dios.

Enseñamos que el significado de la Escritura debe ser encontrado al aplicar de manera diligente el método de interpretación literal gramático-histórico bajo la iluminación del Espíritu Santo (Juan 7:17; 16:12-15; 1 Corintios 2:7-15; 1 Juan 2:20). La Biblia constituye el único estándar infalible de fe y práctica (Mateo 5:18; 24:35; Juan 10:35; 16:12-13; 17:17; 1 Corintios 2:13; 2 Timoteo 3:15-17; Hebreos 4:12; 2 Pedro 1:20-21).

Enseñamos que Dios habló en su Palabra escrita mediante un proceso dual de autores. El Espíritu Santo guio de tal manera a los autores humanos que, a través de sus personalidades individuales y diferentes estilos de escritura, compusieron y escribieron la Palabra de Dios para el hombre (2 Pedro 1:20-21) sin error en el todo o en la parte (Mateo 5:18; 2 Timoteo 3:16).

DIOS TRINO

Enseñamos que no hay más que un Dios vivo y verdadero (Deuteronomio 6:4;

Isaías 45:5-7; 1 Corintios 8:4), un Espíritu infinito, que todo lo sabe (Juan 4:24), perfecto en todos sus atributos, uno en esencia, existiendo eternamente en tres personas, Padre, Hijo, y Espíritu Santo (Mateo 28:19; 2 Corintios 13:14), mereciendo adoración y obediencia cada uno por igual.

Dios el Padre

Enseñamos que Dios el Padre, la primera persona de la Trinidad, ordena y dispone todas las cosas de acuerdo a su propósito y gracia (Salmo 145:8-9; 1 Corintios 8:6). Él es el creador de todas las cosas (Génesis 1:1-31; Efesios 3:9). Como el único gobernante absoluto y omnipotente en el universo, Él es soberano en la creación, providencia, y redención (Salmo 103:19; Romanos 11:36).

Dios Padre ha decretado para su propia gloria todas las cosas que suceden (Efesios 1:11). Él continuamente sostiene, dirige y gobierna a todas las criaturas y a todos los acontecimientos (1 Crónicas 29:11). En su soberanía Él no es ni el autor ni aprueba el pecado (Habacuc 1:13; Juan 8:38-47), ni tampoco anula la responsabilidad de criaturas morales e inteligentes (1 Pedro 1:17). En su gracia ha escogido desde la eternidad pasada a aquellos a quienes Él ha determinado que sean suyos (Efesios 1:4-6); Él salva del pecado a todos los que vienen a Él por medio de Jesucristo; Él adopta como suyos a todos aquellos que vienen a Él y se convierte, al adoptarlos, en Padre de los suyos (Juan 1:12; Romanos 8:15; Gálatas 4:5; Hebreos 12:5-9).

Dios el Hijo

Enseñamos que Jesucristo, la segunda persona de la Trinidad, posee todos los atributos divinos, y en estos es igual a Dios,

cosubstancial y coeterno con el Padre (Juan 10:30; 14:9). Dios el Padre creó de acuerdo a su propia voluntad a través de su Hijo, Jesucristo, por medio de quien todas las cosas continúan existiendo y operando (Juan 1:3; Colosenses 1:15–17; Hebreos 1:2).

Enseñamos que en la encarnación la segunda persona de la Trinidad, Cristo, Dios hecho hombre, hizo a un lado únicamente su derecho a todas las prerrogativas de coexistencia con Dios, de deidad, y se atribuyó una existencia apropiada a un siervo mientras que nunca se despojó de sus atributos ni esencia divina, tanto en grado como en tipo (Filipenses 2:5–8). En su encarnación, la segunda persona de la Trinidad, el cual ha existido eternamente, aceptó todas las características esenciales del ser humano y de esta manera se volvió Dios en hombre (Filipenses 2:5–8; Colosenses 2:9).

Enseñamos que nuestro Señor Jesucristo, Dios encarnado (Juan 1:1, 14), nació de una virgen (Isaías 7:14; Mateo 1:23, 25; Lucas 1:26–35) y que el propósito de la encarnación fue revelar a Dios, redimir a los hombres y gobernar sobre el reino de Dios (Salmo 2:7–9; Isaías 9:6; Juan 1:29; Filipenses 2:9–11; Hebreos 7:25–26; 1 Pedro 1:18–19).

Enseñamos que nuestro Señor Jesucristo llevó a cabo nuestra redención por medio del derramamiento de su sangre y de su muerte sacrificial en la cruz, siendo su muerte voluntaria, vicaria, sustitucionaria, propiciatoria y redentora (Juan 10:15; Romanos 3:24–25; 5:8; 1 Pedro 2:24). Debido a que la muerte de nuestro Señor Jesucristo fue eficaz, el pecador que cree en Jesús es liberado del castigo, la paga, el

poder y un día de la presencia misma del pecado, siendo declarado justo, se le otorga vida eterna y es adoptado en la familia de Dios (Romanos 3:25; 5:8–9; 2 Corintios 5:14–15; 1 Pedro 2:24).

Enseñamos que nuestra justificación es asegurada por la resurrección literal, física de entre los muertos del Señor Jesucristo y que Él ahora, después de haber ascendido, está a la diestra del Padre, en donde ahora es nuestro mediador como abogado y sumo sacerdote (Mateo 28:6; Lucas 24:38–39; Hechos 2:30–31; Romanos 4:25, 8:34; Hebreos 7:25, 9:24; 1 Juan 2:1).

Como el mediador entre Dios y el hombre (1 Timoteo 2:5), la cabeza de Su cuerpo que es la Iglesia (Efesios 1:22; 5:23; Colosenses 1:18) y el rey universal venidero que reinará en el trono de David (Isaías 9:6; Lucas 1:31–33), Él es el juez que tiene la última palabra de todos aquellos que no confían en Él como Señor y Salvador (Mateo 25:14–46).

Dios el Espíritu Santo

Enseñamos que el Espíritu Santo es una persona divina, eterna, no derivada, que posee todos los atributos de personalidad y deidad. En todos los atributos divinos y en sustancia Él es igual al Padre y al Hijo (Mateo 28:19; Hechos 5:3–4; 28:25–26; 1 Corintios 12:4–6; 2 Corintios 13:14; Jeremías 31:31–34; Hebreos 10:15–17).

Enseñamos que el Espíritu Santo ejecuta la voluntad divina en relación a toda la humanidad. Reconocemos Su actividad soberana en la creación (Génesis 1:2), la encarnación (Mateo 1:18), la revelación escrita (2 Pedro 1:20–21), la obra de salvación (Juan 3:5–7), el iniciar y

completar la edificación del cuerpo de Cristo, el cual es Su Iglesia (1 Corintios 12:13) y en el transformar a los creyentes a la imagen de Cristo (Juan 16:7–9; Hechos 1:5; 2:4; Romanos 8:9; 2 Corintios 3:18; Efesios 2:22).

Enseñamos que el Espíritu Santo es el Agente sobrenatural y soberano en la regeneración, el cual bautiza a todo creyente al Cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:13). Todo creyente posee la presencia del Espíritu Santo quien mora en él, desde el momento de la salvación, y el deber de todos aquellos que han nacido del Espíritu consiste en ser llenos del (controlados por) el Espíritu (Juan 16:13; Romanos 8:9; Efesios 5:18; 2 Pedro 1:19–21; 1 Juan 2:20,27). El Espíritu Santo mora dentro de, santifica, instruye, capacita al servicio de Dios, sella para el día de redención (Romanos 8:9; 2 Corintios 3:6; Efesios 1:13) y administra dones espirituales a todo creyente en la iglesia. Algunos de estos dones fueron dados con el propósito de apuntar hacia y certificar a los apóstoles como reveladores de verdad divina y su propósito nunca fue el de ser característicos de las vidas de creyentes (1 Corintios 12:4–11; 13:8–10; 2 Corintios 12:12; Efesios 4:7–12; Hebreos 2:1–4). El Espíritu Santo no se glorifica a sí mismo ni a sus dones por medio de muestras ostentosas, sino que glorifica a Cristo al implementar su obra de redención de los perdidos y edificación de los creyentes en la santísima fe (Juan 16:13–14; Hechos 1:8; 1 Corintios 12:4–11; 2 Corintios 3:18).

EL HOMBRE

Enseñamos que el hombre fue directa e inmediatamente creado por Dios a su imagen y semejanza, creando dos sexos

distintos: Varón y hembra los creó. El hombre fue creado libre de pecado con una naturaleza racional, con inteligencia, voluntad, determinación personal y responsabilidad moral para con Dios (Génesis 2:7, 15–25; Santiago 3:9). La intención de Dios en la creación del hombre fue que el hombre glorificara a Dios, disfrutara de la comunión con Dios, viviera su vida en la voluntad de Dios, y de esta manera cumpliera el propósito de Dios para el hombre en el mundo (Isaías 43:7; Colosenses 1:16; Apocalipsis 4:11).

Enseñamos que en el pecado de Adán toda la humanidad cayó en pecado, heredó una naturaleza pecaminosa, perdió su inocencia, incurrió en la pena de muerte espiritual y física y se volvió sujeto a la ira de Dios, inherentemente corrupto y totalmente incapaz de escoger o hacer aquello que es aceptable a Dios fuera de la gracia divina. Sin poder alguno, pecadores por naturaleza, por decisión personal y por declaración divina (Salmo 14:1–3; Jeremías 17:9; Romanos 3:9–18, 23; 5:10–12), incapaces en sí mismo de restauración, el hombre está perdido sin esperanza alguna. Por lo tanto, la salvación es en su totalidad la obra de la gracia de Dios por medio de la obra redentora de Jesucristo (Génesis 2:16–17; 3:1–19; Juan 3:36; Romanos 3:23; 6:23; 1 Corintios 2:14; Efesios 2:1–3; 1 Timoteo 2:13–14; 1 Juan 1:8).

LA SALVACIÓN

Enseñamos que la salvación es totalmente de Dios por gracia basada en la redención de Jesucristo, el mérito de su sangre derramada y que no está basada en méritos humanos u obras (Juan 1:12; Efesios 1:7; 2:8–10; 1 Pedro 1:18–19). El

Señor Jesucristo murió por nuestros pecados, de acuerdo a las Escrituras, como expiación sustitutiva en nuestro lugar, siendo su sangre el pago único y completo por nuestros pecados, satisfaciendo así por completo la justa ira de Dios. Esta salvación es una obra sobrenatural de Dios, instantánea y llevada a cabo únicamente por medio del poder del Espíritu Santo a través de la Palabra de Dios (Juan 5:24).

Enseñamos que aquellos que están en Cristo no sólo han sido perdonados sino que han sido justificados en un acto de Dios (Romanos 8:33) por medio del cual Él declara justos a aquellos a quienes, a través de la fe en Cristo, se arrepienten de sus pecados (Lucas 13:3; Hechos 2:38; 3:19; 11:18; Romanos 2:4; 2 Corintios 7:10; Isaías 55:6–7) y lo confiesan como Señor soberano (Romanos 10:9–10; 1 Corintios 12:3; 2 Corintios 4:5; Filipenses 2:11). Esta justicia es independiente de cualquier virtud u obra del hombre (Romanos 3:20; 4:6) e involucra la imputación de nuestros pecados a Cristo (Colosenses 2:14; 1 Pedro 2:24) y la imputación de la justicia de Cristo a nosotros (1 Corintios 1:30; 2 Corintios 5:21). Por medio de esto Dios puede ser “el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:26).

Enseñamos que al momento de salvación todo creyente es hecho creatura nueva por el Espíritu Santo, siendo declarado justo delante de Dios y apartado como hijo de Dios para siempre. Esta obra de regeneración es una obra sobrenatural realizada por Espíritu Santo (Juan 3:3-7; Tito 3:5) a través de la Palabra de Dios (Juan 5:24).

Enseñamos que a través de la obediencia a la Palabra de Dios y la capacidad dada por el Espíritu Santo, el creyente es capaz de vivir una vida de mayor santidad en conformidad a la voluntad de Dios, volviéndose más y más como nuestro Señor Jesucristo (Juan 17:17, 19; Romanos 6:1–22; 2 Corintios 3:18; 1 Tesalonicenses 4:3–4; 5:23). La salvación genuina es manifestada en frutos dignos de arrepentimiento que se demuestran en actitudes y conducta justas. El creyente, al someterse al control del Espíritu Santo en su vida a través de la obediencia fiel a la Palabra de Dios (Efesios 5:17–21; Filipenses 2:12b; Colosenses 3:16; 2 Pedro 1:4–10), evidencia los frutos apropiados de la salvación en obediencia a la Palabra de Dios (1 Corintios 6:19–20; Efesios 2:10; 5:17–21; Filipenses 2:12b; Colosenses 3:16; 2 Pedro 1:4–10) en conformidad incremental a la imagen de nuestro Señor Jesucristo (2 Corintios 3:18). Tal conformidad llega a su clímax en la glorificación del creyente en la venida de Cristo (Romanos 8:17; 2 Pedro 1:4; 1 Juan 3:2–3).

Enseñamos que el favor inmerecido de Dios que otorga a pecadores totalmente depravados no está relacionado con ninguna iniciativa de su parte sino que es absolutamente a partir de su gracia soberana y misericordia (Efesios 1:4–7; Tito 3:4–7; 1 Pedro 1:2). Enseñamos que Dios, antes de la fundación del mundo, escogió en Cristo a aquellos a quienes Él en su gracia regenera, salva, y santifica (Romanos 8:28–30; Efesios 1:4–11; 2 Tesalonicenses 2:13; 2 Timoteo 2:10; 1 Pedro 1:1–2). Dicha elección soberana no contradice o niega la responsabilidad del hombre de arrepentirse y confiar en Cristo como Salvador y Señor (Ezequiel 18:23, 32;

33:11; Juan 3:18–19, 36; 5:40; Romanos 9:22–23; 2 Tesalonicenses 2:10–12; Apocalipsis 22:17).

Enseñamos que todos los redimidos, una vez que han sido salvos, son guardados por el poder de Dios y de esta manera están seguros en Cristo para siempre (Juan 5:24; 6:37–40; 10:27–30; Romanos 5:9–10; 8:1, 31–39; 1 Corintios 1:4–8; Efesios 4:30; Hebreos 7:25; 13:5; 1 Pedro 1:5; Judas 24). No obstante, la Palabra de Dios prohíbe el uso de la libertad cristiana como una ocasión para vivir en pecado y carnalidad (Romanos 6:15–22; Gálatas 5:13, 25–26; Tito 2:11–14).

LA IGLESIA

Enseñamos que todos los que confían en Jesucristo son inmediatamente colocados por el Espíritu Santo en un cuerpo espiritual unido, la Iglesia universal (1 Corintios 12:12–13), la novia de Cristo (2 Corintios 11:2; Efesios 5:23–32; Apocalipsis 19:7–8), de la cual Cristo es la cabeza (Efesios 1:22; 4:15; Colosenses 1:18). La Iglesia es un organismo espiritual único diseñado por Cristo, constituido por todos los creyentes que han nacido de nuevo (Efesios 2:11–3:6).

Enseñamos que la autoridad suprema de la Iglesia es Cristo (1 Corintios 11:3; Efesios 1:22; Colosenses 1:18) y que el liderazgo, dones, orden, disciplina y adoración son determinados por medio de su soberanía como se encuentra en las Escrituras. Las personas bíblicamente designadas sirviendo a Cristo a cargo de la asamblea son los ancianos (también llamados obispos, pastores y pastores-maestros; Hechos 20:28; Efesios 4:11) y diáconos. Tanto ancianos como diáconos deben de

cumplir con sus respectivos requisitos bíblicos (1 Timoteo 3:1–13; Tito 1:5–9; 1 Pedro 5:1–5).

Enseñamos que estos líderes guían o gobiernan como siervos de Cristo (1 Timoteo 5:17–22) y tienen Su autoridad al dirigir la Iglesia. La congregación debe someterse a su liderazgo (Hebreos 13:7, 17) ya que ellos deben determinar los asuntos de membresía, políticas, disciplina, benevolencia, como también gobierno (Hechos 15:19–31; 20–28; 1 Corintios 5:4–7; 13:1; 1 Pedro 5:1–4).

Enseñamos la importancia del discipulado (Mateo 28:19–20; 2 Timoteo 2:2), responsabilidad mutua de todos los creyentes los unos a los otros (Mateo 18:5–14), como también la necesidad de disciplina de miembros de la congregación que están en pecado de acuerdo con los estándares de la Escritura (Mateo 18:15–22; Hechos 5:–11; 1 Corintios 5:1–13; 2 Tesalonicenses 3:6–15; 1 Timoteo 1:19–20; Tito 1:10–16). Enseñamos la autonomía de la iglesia local, la cual es libre de cualquier autoridad externa o control, con el derecho de gobernarse a sí misma y libre de interferencias de cualquier jerarquía de individuos u organizaciones (Tito 1:5).

Enseñamos que el propósito de la Iglesia es glorificar a Dios (Efesios 3:21) al edificarse a sí misma en la fe (Efesios 4:13–16), al ser instruida en la Palabra (2 Timoteo 2:2, 15; 3:16–17), al tener comunión (Hechos 2:47; 1 Juan 1:3), al guardar las ordenanzas (Lucas 22:19; Hechos 2:38–42) y al extender y comunicar el evangelio al mundo entero (Mateo 28:19; Hechos 1:8; 2:42).

Enseñamos el llamado de todos los santos a la obra del servicio (1 Corintios 15:58; Efesios 4:12; Apocalipsis 22:12); Dios da a cada miembro de la iglesia dones espirituales (1 Corintios 12:7) para el servicio cristiano y la edificación de la iglesia (Romanos 12:5–8; 1 Corintios 12:4–31; 1 Pedro 4:10-11).

Enseñamos que hubo dos clases de dones que se dieron en la iglesia primitiva: dones milagrosos de revelación divina y sanidad, dados temporalmente en la era apostólica con el propósito de confirmar la autenticidad del mensaje de los apóstoles (Hebreos 2:3–4; 2 Corintios 12:12); y dones de ministerio, dados para equipar a los creyentes para edificarse los unos a los otros. Con la revelación del Nuevo Testamento ya terminada, la Escritura se vuelve la única prueba de autenticidad del mensaje de un hombre, y los dones de confirmación de naturaleza milagrosa ya no son necesarios para certificar a un hombre o a su mensaje (1 Corintios 13:8–12). Es decir, con la revelación del Nuevo Testamento, los dones de profecía, lenguas y señales cesaron, convirtiendo así la Biblia en la única y suprema prueba de verdad. Aunque nadie posé el don de sanidad en el día de hoy, Dios oye y responde a la oración de fe y responderá de acuerdo a su propia voluntad perfecta, por los enfermos, los que están sufriendo y que están afligidos (Lucas 18:1–6; Juan 5:7–9; 2 Corintios 12:6–10; Santiago 5:13–16; 1 Juan 5:14–15).

EL BAUTISMO Y LA CENA DEL SEÑOR

Enseñamos que a la iglesia local se le han dado dos ordenanzas: El bautismo y la

Mesa del Señor (Hechos 2:38–42). El bautismo cristiano por inmersión (Hechos 8:36–39) es el testimonio solemne y hermoso de un creyente mostrando su fe en el Salvador crucificado, sepultado y resucitado y su unión con Él en su muerte al pecado y resurrección a una nueva vida (Romanos 6:1–11). También es una señal de comunión e identificación con el Cuerpo visible de Cristo (Hechos 2:41–42).

Enseñamos que la Cena del Señor es la conmemoración y proclamación de su muerte hasta que Él venga y siempre debe ser precedida por una solemne evaluación personal (1 Corintios 11:28–32). También enseñamos que mientras que los elementos de la Comunión únicamente representan la carne y la sangre de Cristo, la Cena del Señor es de hecho una comunión con el Cristo resucitado quien está presente de una manera única en cada creyente, teniendo comunión con su pueblo (1 Corintios 10:16).

ÁNGELES

Enseñamos que los ángeles son seres creados y por lo tanto no deben ser adorados. Aunque son un orden más alto de creación que el hombre, han sido creados para servir a Dios y para adorarlo (Lucas 2:9–14; Hebreos 1:6–7, 14; 2:6–7; Apocalipsis 5:11–14; 19:10; 22:9).

Enseñamos que Satanás es un ángel creado y el autor del pecado. Él incurrió en el juicio de Dios al rebelarse en contra de su creador (Isaías 14:12–17; Ezequiel 28:11–19), al llevar a varios ángeles con él en su caída (Mateo 25:41; Apocalipsis 12:1–14) y al introducir el pecado en la raza humana por su tentación a Eva (Génesis 3:1–15). Él es el enemigo abierto

y declarado de Dios y el hombre (Isaías 14:13–14; Mateo 4:1–11; Apocalipsis 12:9–10), el príncipe de este mundo, quien ha sido derrotado a través de la muerte y resurrección de Jesucristo (Romanos 16:20) y será eternamente castigado en el lago de fuego (Isaías 14:12–17; Ezequiel 28:11–19; Apocalipsis 20:10).

LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

Enseñamos que la muerte física no involucra la pérdida de nuestra consciencia inmaterial (Apocalipsis 6:9–11), que el alma de los redimidos pasa inmediatamente a la presencia de Cristo (Lucas 23:43; Filipenses 1:23; 2 Corintios 5:8), que hay una separación entre el alma y el cuerpo (Filipenses 1:21–24), y que, para los redimidos, tal separación continuará hasta el rapto (1 Tesalonicenses 4:13–17), el cual inicia la primera resurrección (Apocalipsis 20:4–6), cuando nuestra alma y cuerpo se volverán a unir y serán glorificados para siempre con nuestro Señor (Filipenses 3:21; 1 Corintios 15:35–44, 50–54).

Enseñamos la resurrección corporal de todos los hombres, los salvos a vida eterna (Juan 6:39; Romanos 8:10–11, 19–23; 2 Corintios 4:14), y los inconversos a juicio y castigo eterno (Daniel 12:2; Juan 5:29; Apocalipsis 20:13–15).

Enseñamos el regreso personal, corporal de nuestro Señor Jesucristo antes del periodo de tribulación (1 Tesalonicenses 4:16; Tito 2:13) para sacar a su Iglesia de esta tierra (Juan 14:1–3; 1 Corintios 15:51–53; 1 Tesalonicenses 4:15–5:11) en donde los justos juicios de Dios serán derramados sobre el mundo incrédulo (Jeremías 30:7; Daniel 9:27; 12:1; 2 Tesalonicenses 2:7–12; Apocalipsis 16) hasta el regreso de Cristo en gloria a la tierra (Mateo 24:27–31; 25:31–46; 2 Tesalonicenses 2:7–12). Enseñamos que después del periodo de tribulación, Cristo vendrá a la tierra a ocupar el trono de David (Mateo 25:31; Lucas 1:31–33; Hechos 1:10–11; 2:29–30) y establecerá su reino mesiánico por mil años sobre la tierra (Apocalipsis 20:1–7). Después de la conclusión del milenio, la libertad temporal de Satanás, y el juicio de los incrédulos (2 Tesalonicenses 1:9; Apocalipsis 20:7–15), los salvos entrarán al estado eterno de gloria con Dios, después del cual los elementos de esta tierra se disolverán (2 Pedro 3:10) y serán reemplazados con una tierra nueva en donde sólo mora la justicia (Efesios 5:5; Apocalipsis 20:15; 21–22).

©2017 Iglesia Comunidad Bíblica. Este material ha sido adaptado de la serie "Distintivos" de Grace Community Church, y ha sido utilizado con su permiso. Todos los derechos reservados.